



Título original: *Daughter*

© 2014, Jane Shemilt

© 2023, de la traducción por Miguel Alpuente Civera

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición en esta colección: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-47-8

Código IBIC: FA

DL: B 4.874-2024

Diseño y composición de interiores:

David Pablo

Impreso en junio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Jane Shemilt

Una familia casi perfecta

Traducción de Miguel Alpuente



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Dorset 2010. Un año después

Los días se van acortando. La hierba está salpicada de manzanas con la pulpa picoteada por los cuervos. Hoy, mientras cargo troncos de la pila dispuesta bajo el voladizo, piso un globo blando que se deshace en una masa viscosa bajo mis pies.

Noviembre.

Tengo frío, siempre tengo frío, pero ella podría tener más. ¿Por qué debería vivir cómodamente? ¿Cómo podría?

Cuando anochece el perro se pone a temblar. Se oscurece la habitación. Enciendo la chimenea y las llamas me arrastran; los remordimientos empiezan a avivarse, sisean y queman en mi cabeza.

Ojalá. Ojalá hubiera escuchado. Ojalá hubiera sabido mirar. Ojalá pudiera empezar de nuevo, volver atrás exactamente un año.

En la mesa está el cuaderno con tapas de cuero que me dio Michael, y llevo un trozo mordido de lápiz rojo en el bolsillo del camisón. Él me dijo que dibujar el pasado me ayudaría. Las imágenes ya están en mi cabeza: un escalpelo sostenido por dedos temblorosos, una bailarina de plástico girando en incesantes círculos, un montón de anotaciones en perfecto orden sobre una mesita de noche, en la oscuridad.

Escribo el nombre de mi hija en la primera página en blanco y debajo bosquejo dos zapatos negros de tacón alto, caídos de lado, las largas tiras enmarañadas.

Naomi.

Se bamboleaba siguiendo la música de su iPod y al principio no se dio cuenta de que yo estaba allí. Llevaba la bufanda naranja enrollada al cuello, había libros tirados por todas partes. Cerré silenciosamente la puerta trasera y dejé caer mi bolsa al suelo; pesaba mucho por estar atiborrada con las notas clínicas, el estetoscopio, las jeringuillas, los viales y las cajas de medicamentos. Había sido un largo día: dos operaciones, las visitas a domicilio, el papeleo... Me recosté en la puerta de la cocina y miré a mi hija, pero en mi mente veía a otra chica: a Jade, tumbada en una cama, con moratones en los brazos.

Ese era el chile que yo tenía en el ojo: a los elefantes les echan un chorro de jugo de chile en el ojo para distraerlos mientras les curan la pata herida. Me lo dijo Theo una vez. Entonces no creí que pudiera funcionar, pero hubiera debido considerarlo una advertencia. Perder de vista lo que importa es más fácil de lo que pensamos.

Al ver a Naomi sonriendo para sí misma, me imaginé pintando la curva de sus mejillas. Les daría un matiz más claro en el contorno para mostrar la luz reflejada en su piel. Con cada paso, el flequillo rubio le saltaba en la frente. Cuando subía, se distinguían las perlas de sudor que brillaban en el nacimiento del cabello. Se había arremangado el jersey del uniforme; la pulsera de dijes se movía arriba y abajo en la suave piel del brazo, a punto de salirse. Me alegró ver que la llevaba; pensaba que la había perdido hacía muchos años.

—¡Mamá! No te había visto. ¿Qué opinas?

Se quitó los auriculares y me miró.

—Ojalá pudiera yo bailar así...

Me acerqué y la besé en el vello aterciopelado de la mejilla, aspirando su olor. Jabón de limón y sudor.

Apartó la cabeza, se giró con brusquedad y se agachó para recoger los libros, un movimiento lleno de esa gracia sutil y vivaz tan suya. Había impaciencia en su voz:

—No, me refiero a los zapatos. Míralos.

Debían de ser nuevos. Negros, de tacón muy alto y con tiras de cuero que le sujetaban los pies y se ceñían fuertemente a las delgadas piernas; no le iban nada. Por lo general, llevaba coloridas playeras de cuero o Converse.

–Son muy altos esos tacones, ¿no?

Hasta yo misma percibí la crítica en mi voz, así que me esforcé por reír.

–No se parecen demasiado a los que sueles...

–Pues no, ¿verdad? –dijo en tono triunfante–. No tienen nada que ver.

–Habrán costado un ojo de la cara. ¿No te habías gastado ya tu asignación?

–Son comodísimos. Y el número es perfecto –dijo como si no pudiera creer la suerte que había tenido.

–No puedes llevarlos para salir, cariño. Te aprietan demasiado.

–Admite que estás celosa. Te gustarían para ti.

Esbozó una media sonrisa que no le había visto antes.

–Naomi...

–Pues no puedes quedártelos. Estoy enamorada de ellos. Los adoro casi tanto como a Bertie.

Al decirlo, alargó el brazo para acariciar la cabeza del perro. Luego se dio la vuelta y, dando un gran bostezo, empezó a subir lentamente las escaleras, los zapatos golpeando cada escalón con un irritante ruido metálico, como si fueran pequeños martillos.

Se había escapado. Mi pregunta quedó en el aire, sin respuesta, flotando en la calidez de la cocina.

Me serví una copa del vino de Ted. Naomi no solía replicarme ni dejarme con la palabra en la boca. Embuté la bolsa y mis notas en un rincón del ropero y, bebiendo a sorbos el vino, empecé a ir de aquí para allá por la cocina, ordenando los trapos. Ella solía contármelo todo. Mientras colgaba su abrigo, la perspicacia del alcohol empezó a aclararme las ideas: todo esto era parte del mismo paquete y los pros y los contras ya estaban analizados desde hacía tiempo. Así de sencillo. Yo había podido dedicarme a lo que me gustaba y me ganaba bien la vida, pero eso implicaba pasar en casa

menos tiempo que otras madres. La parte positiva era que así los niños tenían más espacio para sí mismos. Estaban creciendo de manera autónoma, justamente lo que siempre habíamos querido.

Saqué las patatas de la alacena. Tenían pequeñas costras de tierra, de modo que les di un rápido lavado bajo el grifo. Lo cierto era, pensé de nuevo, que no había podido mantener una verdadera conversación con Naomi desde hacía meses. Probablemente, Ted me diría que no me preocupara. Es una adolescente, añadiría, y está creciendo. El agua fría me heló las manos y cerré el grifo. ¿Creciendo o distanciándose? ¿Está preocupada o encerrada en sí misma? La pregunta me rondaba por la cabeza mientras buscaba el pelapatatas en el cajón. El verano anterior, había visto en mi consultorio a una adolescente ansiosa; se había cortado minuciosamente la delicada piel de las muñecas dejándola marcada con múltiples líneas rojas. Sacudí la cabeza para borrar la imagen. Naomi no estaba deprimida. Ahí estaba para demostrarlo esa nueva sonrisa suya como contrapunto a su impaciencia; o la participación en la obra de teatro, frente a sus silencios en casa. Si parecía preocupada era porque se estaba volviendo más adulta, más reflexiva. Actuar le había aportado madurez. El pasado verano había trabajado con Ted en su laboratorio y había descubierto que le interesaba la medicina. Mientras empezaba a pelar patatas, se me ocurrió que su recién adquirida confianza podría ser crucial para salir airoso en las entrevistas de selección universitaria. Quizá debería alegrarme y todo. Además, el papel protagonista en la obra del instituto aumentaría sus probabilidades de conseguir plaza en la facultad de medicina. A los entrevistadores les gustaban los jóvenes con otros intereses aparte de los académicos; estaba demostrado que compensaba el estrés de la carrera. En mi caso, lo que funcionaba era la pintura, que me ayudaba a diluir el estrés de la práctica médica. Al volver a abrir el grifo, la tierra marrón empezó a dar vueltas en el fregadero hasta desaparecer. Casi tenía acabado el retrato de Naomi y ahora sentía con urgencia su llamada. Siempre que pintaba entraba en otro mundo; las preocupaciones se desvanecían. Tenía el caballete arriba, en el desván, y deseaba poder escaparme allí más a menudo. Tiré las pieles de patata a la basura y saqué las salchichas de la

nevera. El plato favorito de Theo, casi desde bebé, habían sido las salchichas con puré de patatas. Ya hablaría con Naomi mañana.

Más tarde, Ted telefoneó para decir que todavía tenía trabajo en el hospital y se retrasaría. Los gemelos volvieron a casa con un hambre voraz. Ed saludó con la mano sin decir palabra y se llevó un plato lleno de tostadas al piso de arriba. Oí cómo se cerraba la puerta de su cuarto y me lo imaginé poniendo música y dejándose caer en la cama, con una tostada en la mano y los ojos cerrados. Esa parte de mis diecisiete años sí la recordaba: lo que menos deseaba era que llamaran a mi puerta o, peor aún, que entraran y me hablaran. Theo, con su cara pálida acribillada de pecas, enumeró a gritos los triunfos del día mientras engullía una galleta tras otra, con aparente intención de vaciar la lata. Naomi volvió a aparecer y cruzó la cocina, el pelo mojado formando gruesas puntas que se le pegaban a la nuca. Le metí a toda prisa unos sándwiches en la mochila antes de que saliera de casa y luego me quedé en la puerta abierta durante unos minutos, escuchando cómo sus pasos se alejaban lentamente por la calle, cada vez más débiles. El teatro del instituto estaba a solo una calle, pero siempre llegaba tarde. Ahora ya no corría para ir a los sitios; la obra estaba minando su energía.

«Aunque solo tiene quince años, la María de Naomi Malcom es de una madurez insólita para su edad». «Naomi combina inocencia y sensualidad en su cautivadora interpretación de María: ha nacido una estrella». Esas críticas en la web del instituto bien valían el cansancio y el estrés que estaba soportando. Quedaban dos funciones más: el jueves y el viernes. Después todos volveríamos a la normalidad.

Dorset 2010. Un año después

Sé que hoy es viernes porque la pescadera viene a la casa de campo. Me acuclillo bajo las escaleras mientras su furgoneta se detiene fuera, una forma blanca difuminada por el cristal antiguo de la puerta. La mujer llama al timbre y espera, una figura rechoncha y confiada que mueve la cabeza arriba y abajo, escudriñando por

las ventanas. Si me ve, tendré que abrir la puerta, formar palabras, sonreír. Nada de eso es posible hoy. Una araña pequeña corretea por mi mano. Agacho todavía más la cabeza, respiro el polvo de la alfombra y, tras unos momentos, la furgoneta se aleja traqueteando por la calle. Es un día para estar sola. Me oculto y espero a que pasen las horas. Los viernes todavía duelen.

Al cabo de un rato, me levanto y recojo el cuaderno que dejé en la chimenea ayer por la noche. Paso la página donde está el bosquejo de sus zapatos y, en la siguiente, dibujo los pequeños círculos entrelazados de un anillo de plata.

Bristol 2009. La noche de la desaparición

Me arrodillé en el suelo de la cocina y abrí mi bolsa para comprobar qué medicamentos quedaban y lo que podía necesitar. La tarea resultaba más sencilla fuera del consultorio; había menos interrupciones si sabía escoger el momento adecuado. Estaba revolviendo en las profundidades de los bolsillos de cuero y no me di cuenta de que ella había entrado silenciosamente en la cocina. Al pasar a mi lado, la bolsa que llevaba chocó contra mi hombro. Levanté la cabeza, con un dedo todavía en la lista; me estaba quedando sin paracetamol y sin petidina. Naomi me miró desde arriba, los ojos azules absortos en sus pensamientos. A pesar del grueso maquillaje que se había puesto para la función, se apreciaban marcas oscuras bajo los ojos. Parecía exhausta. No era momento de hacer las preguntas que me hubiera gustado hacer.

—Casi has acabado, cariño. Esta es la penúltima representación —dije en tono animado.

Las prendas de ropa se le salían de la bolsa de la compra; los tacones de los zapatos habían hecho pequeños agujeros en el plástico.

—Papá y yo estaremos allí mañana.

Me senté sobre los talones y levanté la cabeza para estudiar su cara. El lápiz de ojos negro hacía que pareciera mucho mayor de sus quince años.

—Estoy deseando ver si ha habido cambios desde la noche del estreno.

Me miró con ojos ausentes y entonces me dedicó su nueva sonrisa; solo levantaba una comisura, como si sonriera para sí misma.

—¿A qué hora volverás?

Dejé lo que estaba haciendo y, de mala gana, me puse de pie. Estaba visto que nunca podía acabar nada.

—Es jueves. Papá suele recogerte los jueves, ¿no?

—Ya le dije hace siglos que no valía la pena. Es más fácil volver andando con mis amigos. —Parecía aburrída de tener que repetirlo—. La cena acabará más o menos a medianoche. Ya me traerá Shan en coche.

—¿A medianoche?

¡Pero si ya estaba cansada! Muy a mi pesar, me di cuenta de que estaba levantando la voz.

—Mañana tienes otra función y luego la fiesta. Solo es una cena, así que a las diez y media.

—A esa hora casi no da tiempo a nada. ¿Por qué siempre tenemos que hacer las cosas de manera diferente a los demás?

Empezó a tamborilear con los dedos en la mesa; el pequeño anillo que le había regalado alguno de los chicos del instituto centelleaba bajo la luz.

—Entonces a las once.

Me miró fijamente.

—No soy un bebé. —El enfado que se percibía en su voz me pilló de sorpresa.

No podíamos pasarnos la noche discutiendo. Pronto subiría al escenario y necesitaba calmarse. Y yo tenía que acabar de ordenar los medicamentos antes de preparar la cena.

—A las once y media. Ni un segundo más.

Se encogió de hombros, dio media vuelta y se inclinó hacia Bertie, que estaba durmiendo en el suelo, completamente estirado contra la cocina. Le dio un beso al tiempo que le tiraba con cariño de las suaves orejas. Bertie apenas se movió, pero golpeó el suelo con la cola.

—Es viejo, cariño. Necesita dormir —dije mientras la tocaba en el brazo.

Se soltó con brusquedad, el rostro crispado.

–Tranquila, que todo va bien. Eres una triunfadora, no lo olvides. –Le di un corto abrazo, pero ella giró la cara–. Solo un día más.

Su móvil sonó, dio un paso atrás y respondió con la mano apoyada en el escurrerplatos. Tenía los dedos largos, con pecas que llegaban hasta el segundo nudillo, muy pequeñas y de un tono dorado claro, como granitos de azúcar moreno. Las uñas estaban comidas, como las de una niña, y desentonaban con el bonito anillo. Tomé su mano entre las mías y se la besé con rapidez. Hablaba con Nikita; creo que ni notó el beso. Era aún tan joven que al tocar los nudillos con los labios me parecía estar besando pepitas. La llamada terminó, se dio la vuelta para irse y, ya en la puerta, me saludó apenas con la mano: su manera de hacer las paces por haberse mostrado tan irritable.

–Adiós, mamá –dijo.

Después, me quedé dormida sin querer. Sobre las once, encendí el hervidor para llenarle a Naomi su bolsa de agua caliente y me tumbé en el sofá a esperar; debí de caer dormida casi de inmediato. Cuando me desperté, me dolía el cuello y tenía un regusto desagradable en la boca. Me levanté, me puse el jersey y fui de nuevo a calentar el agua.

El hervidor estaba frío. Miré el reloj. Las dos de la madrugada. No la había oído llegar. Me sentí de pronto angustiada. Nunca había llegado tan tarde. ¿Qué habría pasado? La sangre me empezó a palpar dolorosamente en los oídos, pero enseguida se impuso el sentido común. Sin duda, había entrado por la puerta principal y había subido directamente a acostarse. Por estar dormida en la cocina, en el piso de abajo, yo no podía haber oído la puerta al cerrarse. Se debía de haber quitado silenciosamente los zapatos en el porche delantero y había subido de puntillas las escaleras; sintiéndose culpable, habría pasado sigilosamente por delante de nuestra habitación para subir a la suya, en el segundo piso. Me despecaré mientras esperaba a que el agua hirviera; todavía estaba a tiempo de llevarle su bolsa de agua caliente. La envolvería y se la metería en la cama, junto al cuerpo. Tal vez sintiera la calidez, aunque estuviera medio dormida.

Subí las escaleras y crucé lentamente por delante de la habitación de los chicos. Ed emitió un repentino ronquido mientras yo pasaba y me sobresalté. Subí otro piso hasta el cuarto de Naomi. La puerta estaba entreabierta y entré sin hacer ruido. Estaba muy oscuro y el ambiente era sofocante, con un olor a champú de fresas y a alguna otra cosa, algo acre y con un trasfondo cítrico. Caminé a tientas hasta su cómoda, saqué una camisa y metí dentro la bolsa de agua caliente. Seguí con cuidado hasta la cama, casi tropezando con las prendas desparramadas. Tanteé con las manos para retirar la colcha, pero noté que estaba plana y sin arrugas.

La cama estaba vacía.

Encendí de golpe la luz. Medias que sobresalían de cajones abiertos, toallas y zapatos esparcidos por el suelo. Había un tanga sobre un sujetador rojo de encaje encima de la mesita de noche, otro sujetador negro de media copa en una silla. No reconocía ninguna de esas prendas; ¿o es que también se habían cambiado aquí sus amigas? Naomi solía ser muy ordenada. Había un frasco de base líquida de maquillaje volcado sobre el tocador y, en medio del pequeño charco beis, una barra de pintalabios. El jersey gris de su uniforme estaba en el suelo, con la camisa blanca todavía dentro.

La colcha se veía algo arrugada en el sitio donde Naomi se había sentado, pero la almohada estaba lisa.

Se me hizo un nudo en la boca del estómago. Apoyé la mano en la pared y su frialdad pareció subirme por el brazo hasta meterse en el pecho. Y entonces, dos pisos más abajo, oí la puerta principal que se cerraba.

Gracias a Dios. Gracias, Dios mío.

Puse la bolsa de agua caliente bajo el edredón, lo suficientemente abajo como para calentar el lugar de los pies. Los tendría fríos con esos zapatos tan finos que llevaba. Bajé corriendo las escaleras, sin preocuparme del ruido. No me enfadaría, esta noche no. Le daría un beso, le cogería el abrigo y la enviaría arriba. Ya me enfadaría mañana. Aminoré el paso al bajar el último peldaño y entonces vi a Ted. Ted, no Naomi. Estaba de pie, mirándome. Llevaba puesto el abrigo y tenía el maletín a sus pies.

–No ha vuelto. –Estaba sin aliento; apenas me salían las palabras–. Creía que era ella la que había entrado.

–¿Qué?

Parecía agotado. Encorvaba los hombros y tenía las ojeras muy marcadas.

–Naomi todavía no ha vuelto a casa.

Me acerqué a él. Desprendía un ligero olor a quemado, probablemente por los fognazos de calor de la diatermia con la que sellaban los vasos sanguíneos cortados. Debía venir directamente del quirófano.

Sus ojos, del mismo azul que los de Naomi, mostraban desconcierto.

–La obra terminaba a las nueve y media, ¿no? –Por su cara cruzó una expresión de pánico–. Dios mío, si hoy es jueves.

No se acordaba de que ella había cancelado esa obligación de recogerla los jueves. De todos modos, nunca estaba al tanto de lo que ocurría en la vida de los niños. Nunca preguntaba. Podía sentir cómo la rabia crecía en mi interior.

–Ahora vuelve a pie con los amigos. Ya te lo dije.

–Claro, claro. Me había olvidado. Bueno, menos mal.

Parecía aliviado.

–Pero esta noche era diferente.

¿Cómo podía estar tan tranquilo mientras mi corazón latía desbocado por el miedo?

–Iba a salir a cenar con el grupo del teatro.

–No sé si te sigo. –Se encogió de hombros–. Entonces se ha ido a cenar con sus compañeros. A lo mejor se lo estaban pasando tan bien que se han quedado más tiempo.

–Ted, son más de las dos...

Lo dije con la cara roja de pánico y de furia. ¿De verdad no se daba cuenta de que la situación era diferente, de que no era normal?

–¿Tan tarde? Madre mía, lo siento. La operación no se terminaba nunca. Esperaba que estuvieras ya dormida.

Extendió las manos en un gesto de disculpa.

–¿Dónde demonios está? –Lo miré fijamente, elevando cada vez

más la voz—. Nunca ha hecho algo así, siempre me avisa, aunque solo vaya a llegar cinco minutos tarde.

A medida que hablaba, caí en la cuenta de que eso ya no ocurría desde hacía mucho tiempo, pero aun así nunca había llegado tan tarde.

—Hay un violador en Bristol, lo han dicho en las noticias...

—Cálmate, Jen. ¿Con quién está exactamente?

Me miró y pude percibir su reticencia. Él no quería que esto estuviera pasando; quería irse a la cama.

—Con sus amigos de la obra. Nikita, todo el mundo. Era solo una cena, no una fiesta.

—A lo mejor luego se han ido a una discoteca.

—No la dejarían entrar.

Naomi tenía las mejillas aún redondeadas, una cara de quince años, a veces incluso más joven, sobre todo cuando estaba cansada.

—No tiene la edad.

—Es lo que hacen todos. —Ted hablaba con lentitud por el cansancio. Recostó su alta silueta contra la pared del recibidor—. Tienen carnés de identidad falsos. Acuérdate de cuando Theo...

—Naomi no.

Entonces recordé los zapatos, la sonrisa. ¿Sería posible? ¿Una discoteca?

—Vamos a darle un poco más de tiempo —dijo Ted con tranquilidad—. Yo diría que es bastante normal andar por ahí a esta hora, si uno se lo está pasando bien. Vamos a esperar hasta las dos y media.

—¿Y luego qué?

—Lo más probable es que ya haya vuelto.

Se separó de la pared y, frotándose la cara con las manos, se encaminó al final del recibidor para bajar por las escaleras que llevaban a la cocina.

—Si no ha vuelto, llamaremos a Shan. Supongo que ya habrás telefonado a Naomi, ¿no?

No lo había hecho. Dios sabe por qué. Ni siquiera había mirado si tenía mensajes. Eché mano al bolsillo en busca del móvil, pero no estaba allí.

—¿Dónde puñetas está mi móvil?

Aparté a Ted de un empujón y corrí escaleras abajo. Debía de haberseme caído y estaba en el sofá, medio escondido bajo un cojín aplastado. Me abalancé sobre él. No había mensajes. Pulsé su número.

—Ey, aquí Naomi. Lo siento, ahora estoy ocupada con algo superimportante. Pero... humm... si me dejas tu número te llamo luego. Prometido. Chao.

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra.

—Necesito un trago.

Ted se dirigió lentamente al mueble de las bebidas. Sirvió dos *whiskies* y me tendió uno. Sentí cómo el alcohol me quemaba en la garganta y recorría todo el esófago.

Las dos y cuarto. Quince minutos y llamaríamos a Shan.

No quería esperar. Quería salir de casa, bajar por la calle hasta el teatro, abrir de golpe las puertas y gritar su nombre en el aire polvoriento. Si no estaba allí, entonces empezaría a correr por la calle principal, dejaría atrás la universidad y entraría por las bravas en todas las discotecas, apartando a los porteros y gritando entre el montón de gente bailando...

—¿Hay algo de comer?

—¿Cómo?

—Jenny, he pasado toda la noche en el quirófano. No he podido cenar en la cantina. ¿Hay algo de comer?

Abrí la nevera y miré qué había. No era capaz de reconocer nada. Formas cuadradas y oblongas. Mis manos fueron a parar al queso y a la mantequilla. Los trozos de mantequilla fría rompían el pan de molde. Ted, en silencio, me lo quitó todo de las manos. Preparó un sándwich perfecto y retiró las cortezas con el cuchillo.

Mientras él comía, busqué el número de Nikita. Estaba en un pósit rosa pegado en el tablero de corcho de la alacena. Tampoco contestaba. El teléfono estaba en su bolso, que había metido bajo la mesa para poder bailar en la discoteca en la que de algún modo habían entrado. Todos los demás querían irse a casa, todos sus amigos estaban apoyados en la pared, bostezando, pero Naomi y Nikita seguían bailando juntas, divirtiéndose. Era imposible que nadie oyera el teléfono de Nikita sonando bajo la mesa. Shan

también debía de estar despierta, esperando. Solo hacía un año que se había divorciado de Neil; para ella sería aún peor, estando sola.

Las dos y media.

Llamé a Shan y, mientras esperaba, recordé la punzada de celos que había sentido una semana antes, cuando ella me había dicho que Nikita todavía se lo contaba todo. Naomi había dejado de hacerlo. Ahora me alegraba de que Nikita todavía confiara en su madre. Shan sabría exactamente dónde podríamos recogerlas.

Una voz soñolienta farfulló algo al otro lado de la línea. Debía de haberse quedado dormida, como yo.

–Hola, Shan –dije tratando de sonar normal–. Siento mucho despertarte. ¿Tienes idea de dónde pueden estar? Ya las recogemos nosotros, es solo que... –Me detuve y traté de reír–. Naomi olvidó decirme dónde estaría.

–Espera un momento.

Me imaginé que se incorporaba, que se pasaba la mano por el pelo y que, con ojos entornados, miraba la hora en el reloj despertador de su mesita.

–¿Puedes repetírmelo?

Respiré hondo e intenté hablar despacio:

–Naomi aún no ha vuelto. Deben haber ido a algún sitio después de cenar. ¿Dijo Nikita dónde?

–La cena es mañana, Jen.

–No, eso es la fiesta.

–Las dos cosas son mañana. Nikita está aquí. Llegó agotada; lleva durmiendo desde que la recogí hace ya varias horas.

Repetí como una estúpida:

–¿Varias horas?

–La recogí nada más acabar la obra. –Hubo una breve pausa y luego dijo con calma–: No hubo ninguna cena.

–Pero Naomi dijo... –Tenía la boca seca–. Se llevó los zapatos nuevos. Dijo...

Hablaba como los niños cuando no les dan lo que quieren. Se había llevado los zapatos y la bolsa de ropa. ¿Cómo que no habían ido a cenar? Seguro que Shan se estaba equivocando; tal vez Nikita no estaba invitada. Hubo una pausa más larga.

–Le preguntaré a Nikita –dijo–. Te llamo enseguida.

Ante mí se acababa de cerrar una puerta con un leve clic. Al otro lado, había un lugar en el que los niños dormían a salvo, desparramados sobre las sábanas; un lugar en el que no se telefoneaba a los amigos a las dos y media de la madrugada.

Sentí el frío y la dureza de las sillas de la cocina. La cara de Ted estaba blanca. No hacía más que doblarse los nudillos hasta que crujían. Quería que dejara de hacerlo, pero no me atrevía a abrir la boca porque tenía miedo de empezar a gritar. Me abalancé sobre el teléfono apenas sonó y, al principio, no dije nada.

–No ha habido ninguna cena, Jenny. –Shan jadeaba un poco al hablar–. Todo el mundo se fue a casa. Lo siento.

Un leve zumbido empezó a sonar en mi cabeza, llenando el silencio que siguió a esas palabras. Me sentía mareada, como si fuera a caer hacia delante o el mundo estuviera inclinándose hacia atrás. Me agarré con fuerza al borde de la mesa.

–¿Puedo hablar con Nikita?

En el brevísimo lapso de tiempo que siguió a mi pregunta, pude constatar lo lejos que estaba ya de esa puerta cerrada con un clic y del mundo que había tras ella. Shan respondió, titubeante:

–Se ha vuelto a dormir.

¿A dormir? ¿Y qué importancia tenía eso? Nikita estaba allí, a salvo. Nosotros no teníamos ni idea de dónde estaba nuestra hija. Una oleada de ira emergió por encima de mi miedo.

–Si Nikita sabe algo que nosotros no sepamos, lo que sea, y Naomi pudiera estar en peligro...

Se me cerró la garganta y Ted me quitó el teléfono.

–Hola, Shania. –Hubo una pausa–. Me doy cuenta de lo difícil que debe ser para Nikita...

Hablaba con calma, pero con un tono de autoridad. El mismo tono que usaba con los médicos residentes de su equipo cuando telefoneaban para pedirle consejo sobre un problema de neurocirugía.

–Si Naomi no vuelve pronto, vamos a tener que llamar a la policía. Cuanta más información nos puedas dar... –Otra pausa–. Gracias. Sí. Entonces nos vemos dentro de unos minutos.

Los chicos estaban durmiendo en sus respectivos cuartos. Me incliné hasta sentir la calidez que emanaba de sus cabezas, de su respiración. Theo se había hundido bajo el edredón; su pelo, que sobresalía en un penacho, se sentía áspero en mis labios. El negro flequillo de Ed estaba húmedo; incluso dormido, sus cejas descendían en picado como las alas de un mirlo. Al incorporarme, me vi reflejada en el espejo. Mi cara, iluminada por la farola que brillaba a través de la ventana, parecía la de alguien mucho más viejo. Tenía el pelo oscuro y amorfo. Lo peiné desganadamente con el cepillo de Ed.

Al pasar por delante del teatro del instituto, Ted detuvo el coche y salimos.

«No sé por qué. Todavía no sé por qué sentimos que debíamos echar un vistazo. ¿De verdad creíamos que estarías allí, hecha un ovillo y durmiendo en el escenario? ¿Que te despertaríamos y tú sonreirías, que te desesperarías y, somnolienta y agarrotada, te explicarías diciendo que habías tardado demasiado en cambiarte? ¿Que te rodearíamos con los brazos y te llevaríamos a casa?».

Las puertas acristaladas estaban cerradas. Oscilaron ligeramente cuando tiré del pomo. Una luz de noche iluminaba el vestíbulo y las botellas del bar brillaban perfectamente alineadas. Había un programa rasgado de color rojo y amarillo tirado en el suelo, justo al otro lado de la puerta. Podía distinguir las letras rojas de *West* y *Story* en líneas diferentes y un trozo de foto con una chica que revoleaba una falda azul.

Ted condujo con prudencia, aunque yo sabía que estaba cansado. Había pulsado el botón del salpicadero para calentar el respaldo de mi asiento, pero a mí el calor me hacía sudar y sentía unas náuseas que parecían emanar del propio tapizado de cuero. Lo miré mientras conducía. Era bueno en este tipo de situaciones. Sabía cómo parecer serio, pero no desesperado. Cuando la vida de Naomi peligró durante el parto, fue esa tranquilidad suya la que evitó que me invadiera el pánico. Había organizado la epidural para la cesárea y estaba presente cuando sacaron el cuerpecito ensangrentado. Pero ahora no quería pensar en eso. Giré rápidamente la cabeza hacia la ventanilla. Las calles estaban relucientes y vacías. Una fina lluvia

empezaba a empañar las ventanas. ¿Qué ropa se había puesto? No podía recordarlo. ¿El impermeable? ¿Y llevaba bufanda? Examiné los árboles que flanqueaban la calle como si aquella franja de tela naranja fuera a estar allí, enredada en las negras ramas mojadas.

Ya en casa de Shania, Ted llamó a la puerta con firmeza. La noche era silenciosa y todo era quietud a nuestro alrededor. Si alguien hubiera pasado en coche, solo habría visto a una pareja como cualquier otra. Llevábamos abrigos buenos y zapatos limpios mientras esperábamos en silencio con la cabeza gacha bajo la lluvia. Nuestro aspecto debía de ser normal.

Shania apareció con una cara acorde a la situación. Parecía tranquila y sería al abrazarnos. En su casa hacía calor, la chimenea de gas llameaba en su ordenada sala de estar. Nikita estaba acurrucada en el sofá, con un cojín fuertemente apretado contra el pecho y las largas piernas, enfundadas en un pijama de conejitos, encogidas bajo el cuerpo. Le sonreí, pero sentía la boca rígida y me temblaban las comisuras. Shan tomó asiento a su lado en el sofá y nosotros nos sentamos enfrente. Ted me cogió la mano.

—Ted y Jenny quieren hacerte algunas preguntas sobre Naomi, cariño.

Shania rodeó con el brazo a Nikita, quien permanecía con la cabeza baja mientras se enroscaba un rizo de pelo oscuro en los dedos.

Me levanté para sentarme a su lado, pero ella se apartó un poco de mí. Intenté que hubiera dulzura en mi voz:

—¿Dónde está, Nik?

—No lo sé.

Bajó aún más la cabeza hasta hundirla en el cojín; la voz sonó amortiguada:

—No lo sé, no lo sé, no lo sé.

Shania me miró por encima de la cabeza de Nikita.

—Entonces empezaré yo —dijo Shan—. Voy a contarle a Jenny lo que me has dicho.

Nikita asintió y su madre siguió hablando:

—Naomi le contó a Nikita que iba a encontrarse con alguien después de la función, con un tío.

–¿Un tío? –irrumpió la voz de Ted mientras yo daba un grito ahogado–. ¿Qué tío?

En su boca, la palabra sonaba peligrosa. No un chico. Alguien mayor. Mi corazón empezó a golpear tan fuerte que tuve miedo de que Nikita lo oyera y no quisiera contarnos nada.

–Dijo... –empezó Nikita titubeante–. Dijo que había conocido a alguien. Y que le ponía un montón.

Descrucé las piernas y me giré para mirarla bien a la cara.

–¿Que le ponía un montón? ¿Naomi dijo eso?

–Es lo que queríais saber, ¿no? Vosotros me habéis preguntado. La frente de Nikita se arrugó, sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Claro que sí, no pasa nada –contesté.

Pero sí pasaba. Nunca la había oído usar ese lenguaje. Habíamos hablado de sexo, pero, por más que rebuscaba desesperadamente en mi memoria, era incapaz de recordar cuándo. Relaciones, sexo y anticonceptivos... A Naomi no parecía que le interesara. ¿O sí? ¿Me había perdido algo?

–¿Y él era...? ¿Y ella...? –comencé, tanteando a ciegas en un bosque de posibilidades–. ¿Y era alguien del instituto?

Nikita negó con la cabeza. Entonces habló Ted, con tono despreocupado e informal, como si el asunto no fuera importante:

–A ese tío, seguro que ya lo había visto antes, ¿no?

Los hombros de Nikita se relajaron un poco, dejó de enroscarse el pelo. La tranquilidad de Ted estaba haciendo efecto, pero me sentó muy mal que pudiera manejar la situación con tanta facilidad. Apenas podía reprimir el temblor en mi voz.

–Claro. Creo que alguna vez había venido al teatro. –Miró al suelo–. Al fondo de la sala, ya sabéis.

–¿Al fondo de la sala? –siguió Ted sin que pareciera apenas una pregunta.

–Sí. Donde espera la gente. Creo.

Levantó la vista. Sus ojos mostraban desgana.

–La verdad es que no me fijé.

–¿Qué aspecto tenía? –me apresuré a preguntar.

–No lo sé.

Nikita no me miró. Hubo una pausa.

–¿Puede que tuviera el pelo oscuro?

Se acercó más a Shan y cerró los ojos. Pensé que no iba a decirnos nada más, pero Ted ya estaba haciendo otra pregunta:

–¿Y esta noche? ¿Qué te contó de esta noche?

Hubo un silencio. Nikita se quedó completamente inmóvil. Entonces Shan se levantó.

–Está cansada –dijo con firmeza–. Necesita volver a la cama.

–Dínoslo, por favor, Nikita. –La toqué suavemente en el brazo, con prudencia–. Por favor te lo pido, si dijo algo, dínoslo.

Entonces me devolvió la mirada, sus ojos marrones muy abiertos por la sorpresa. La madre de su mejor amiga era para ella una figura ajetreada vagamente percibida en la distancia, alguien alegre, siempre yendo y viniendo con prisas. Una mujer que llevaba las riendas de su vida y de su familia. No era alguien que suplicara.

–Dijo... –Nikita se detuvo un segundo–. Dijo: «Deséame suerte».

CAPÍTULO 2

Dorset 2010. Un año después

El otoño se adentra en el invierno. Por la mañana, siento la frialdad del silencio contra mi rostro.

Escucho, pero no sé muy bien qué espero escuchar. A estas alturas, ya debería haber asumido la ausencia de los sonidos que daba por sentados: los pasos amortiguados de unos pies descalzos, la tetera hirviendo en la distancia, el murmullo de voces radiofónicas y el tintineo de las tacitas de porcelana contra el borde de la bañera. Los ruidos que hace una persona son tenues, cuidadosos, espaciados. Refluyen hacia el silencio. Abro la ventana y la suave respiración de las olas marinas penetra en la habitación como algo vivo.

Al pasar por delante de su dormitorio, toco la puerta. Eligió esa habitación cuando era pequeña. Lo cierto es que nunca llegó a ser su verdadero dormitorio, porque hasta hace unos meses esta había sido solo nuestra residencia de vacaciones, pero todos considerábamos que ese cuarto era el suyo. De niña le gustaba jugar a que la ventanita redonda situada bajo el techo de paja era un ojo de buey y su cama un barco. La policía se llevó el colchón y toda la ropa de cama. Siento la madera de la puerta en la yema de los dedos, fría y húmeda. Ted lavó la sangre del suelo; yo no he entrado desde que llegué.

El vacilante reflejo del marco de la ventana se quiebra alrededor de mis manos mientras estoy tumbada en el agua de la bañera. Cuando suena el timbre, salgo rápidamente, me enrolló una toalla y me pongo el camisón. En lo alto de la escalera, mis pasos se paralizan. Veo a un hombre de uniforme a través del vidrio de la puerta principal. Me late tan deprisa el corazón que siento un vahído y he de agarrarme a la barandilla. Este podría ser el

momento en el que vienen a anunciarme que han encontrado algo en un campo embarrado: tal vez el tacón de un zapato, blando y podrido; el destello plateado de una pulsera de dijes; la blancura de un diente. No hay nada que puedan decirme en lo que yo no haya pensado, pero aun así me detengo como si me hubieran disparado. Entonces veo algo rojo en su chaqueta, una bolsa voluminosa. Alguien que trae una entrega especial. Cuando abro la puerta, me tiende el pedido: los pequeños pinceles de una tienda de arte de Bristol. En el felpudo ya hay una postal de una montaña galesa de la amplia colección de Ted. Su manera de mantenerse en contacto. Sin mensaje, como de costumbre. Me siento a la mesa de la cocina y mi corazón se calma. Tengo el cuaderno de dibujo delante. Lo cojo y paso a la siguiente página en blanco. Cuando la policía se detuvo ante la puerta y vi el blanco y el negro, las chaquetas acolchadas y las placas, su ausencia se hizo oficial. Todavía estaba oscuro, pero debía de ser casi por la mañana, quizá las cuatro o las cinco.

El lápiz tiene un tacto rugoso entre mis dedos; está mordido y puedo sentir la superficie astillada mientras dibujo una pequeña sudadera con capucha y sombreo los pliegues con cortas líneas grises.

Bristol 2009. La noche de la desaparición

El policía de la puerta tenía algo más de cincuenta años. Sus ojos, de color indefinido, se hundían en bolsas de carne flácida. Cualquiera que fuese su expresión natural, se escondía bajo un barniz de calma profesional, pero la fugacidad con la que me miró a la cara delató su desazón. Tras él había una mujer bajita, el pelo castaño recogido en una apretada trenza francesa, el pintalabios de un rojo impecable. Me pareció notar en ella una ira contenida. Tal vez había tenido que levantarse de la cama expresamente, ponerse el uniforme impecable y el grueso maquillaje.

—¿Doctora Malcom? —dijo el hombre con voz estudiadamente neutra.

En casa yo no me consideraba «doctora»; era la madre de mis hijos,

la esposa de mi marido. Pero si este policía pensaba que yo, como él, era una profesional, tal vez se aplicara todavía más en su tarea.

—Sí.

Retrocedí para dejarlos pasar.

—Soy el agente Steve Wareham y esta es la agente Sue Dunning. Al quitarse el sombrero, apareció un leve cerco marcado alrededor del fino cabello gris. Me estrechó la mano y habló con voz serena. Lo sentía por nosotros, pero no del modo que yo temía. Lo que yo temía que dijera era que sentía nuestra pérdida. La mujer se mostraba más brusca. Saludó con la cabeza, pero después unió las manos por detrás de la espalda como si no quisiera tocarme; yo era de esas mujeres con un hijo que no va a volver a casa.

Los hice pasar a la cocina. Acabábamos de volver de la casa de Shan y necesitaba mirar el reloj. Hacía más de cuatro horas que Naomi debía haber vuelto y quería hablarles enseguida del hombre cuya sombra parecía cernerse sobre las luminosas paredes de la cocina. En mi interior, les estaba pidiendo a gritos que se dieran prisa. Salgan ustedes ya. Aún podrían alcanzarlos. Él la lleva en coche bajo la lluvia por una larga calle, está entrando en una casa, cierra la puerta, se vuelve a mirarla, ella está llorando. No, eso sí que no: ella nunca llora. Dense prisa.

Ted empezó a hablar; comenzó por el principio, tal como ellos deseaban. Querían saberlo todo y tardaron una hora. Preguntaron por su portátil, luego por su certificado de nacimiento y su pasaporte. Intentaron llamarla de nuevo al móvil, pero esta vez no hubo mensaje del contestador, ni siquiera tono de llamada. Sin batería. Solía ocurrir con el móvil de Naomi, así que no significaba nada. Cuando Steve Wareham me dijo que podrían haber rastreado la ubicación del teléfono si hubiera estado encendido, hube de reprimir una oleada de ira y de angustia.

Les di su fotografía escolar del último trimestre. La miré durante unos segundos. Se la habían hecho hacía solo unos pocos meses, pero parecía mucho más joven. Tenía la sensación de estar mirando a otra persona de sonrisa amplia, pelo lustroso recogido en una cola de caballo y cara radiante. Pensé en el charco de base de maquillaje alrededor del pequeño frasco. Aquel no era el aspecto

que tenía antes de la función. ¿Tenía algún *hobby*? Podría ser. No lo sabía. Yo trabajaba durante todo el día. No podía saberlo todo. El agente arqueó fugazmente una ceja. ¿Qué instituto, qué médico, qué dentista? (¿Dentista? ¿Por el historial dental? Un breve espasmo de dolor en la cara de Ted delató que él había llegado a la misma conclusión). ¿Amigos del instituto? ¿Nombres? ¿Novios? Ningún novio, no. Alguien que esperaba en la parte de atrás del teatro. Tenía el pelo oscuro y a ella le ponía un montón. Es él quien la tiene. Podría estar haciéndole daño en este preciso momento; las manos apretando fuerte alrededor de su cuello. Quizá ahora la tira al suelo, le quita la ropa, la obliga a ponerse bajo su cuerpo mientras le tapa la boca con la mano para ahogar sus gritos. Me metí los dedos en la mía y me los mordí para no gritar.

Tomaron nota de todo.

La agente Sue Dunning me dio un formulario de personas desaparecidas para que lo rellenara. Dijo que era demasiado pronto para hablar de secuestro, que no había pruebas para eso. Me temblaban las manos, así que escribí despacio. Siguieron hablándome, haciendo preguntas. ¿Estatura? Un metro sesenta y siete, aproximadamente. ¿Peso? Cincuenta y un kilos. Sí, estaba delgada. No, no anoréxica, lo único que nunca paraba quieta; comía suficiente.

«¿Tienes hambre? En realidad, no cenaste, ¿verdad? En aquel momento no me preocupó, porque creía que ibas a cenar por ahí. Deberías habérmelo dicho, te podía haber preparado algo».

¿Qué ropa llevaba la última vez que la vi? Bajaba por la escalera con su bolsa y creo que llevaba un impermeable, ¿o era el abrigo de su uniforme? Tal vez la sudadera gris con capucha. Déjenme pensar. Puedo mirar en su armario y decírselo.

«Espero que fuera el impermeable; está lloviendo, te mojarás».

Iba a ponerse un vestido para la... para después... y zapatos nuevos. Eran negros y con tiras, de tacón alto. Diferentes. ¿Es posible que fueran un regalo? Un truco, un cebo. Llevaba una pulsera de dijes. Eso podría ser importante. La bolsa de supermercado que llevaba estaba agujereada. No sé de cuál, ¿de Tesco?, ¿de Waitrose?

«No se te ocurra correr con esos zapatos o te romperás los tobillos. Quítatelos y luego corre».

¿Había problemas en casa? ¿Había desaparecido alguna otra vez? ¿Trató en alguna ocasión de hacerse daño? Las preguntas eran implacables. Estaba agotada. No habían entendido nada. Actuaba en la obra. Estaba cansada, claro que sí, irritable a veces, pero en el fondo estaba bien. Y durante todo ese tiempo yo aguzaba el oído por si oía sus pasos; podía entrar en casa en cualquier momento, con una excusa preparada; estaría alucinada ante tanto jaleo. Todo se quedaría en una pesadilla.

Steve Wareham seguía hablando:

—Antes de hacer nada, primero tenemos que registrar la vivienda. Me quedé mirándolo, pasmada. ¿No se creía nada de lo que le habíamos dicho?

—¿Cómo? —Había incredulidad en la voz de Ted—. ¿Ahora?

—Se sorprenderían ustedes. —No quería mostrar una actitud de superioridad—. No creerían la cantidad de niños que seguimos encontrándonos en sus casas; chicos que se esconden en el armario. Para llamar la atención.

Miraron en el piso de arriba. Ted les hacía de guía. Entraron en el desván, revisaron los armarios de la cocina, los roperos. Fueron metódicos y tan silenciosos que los chicos pudieron seguir durmiendo tranquilamente. Miraron en el cobertizo del jardín y en los contenedores de basura. Yo esperaba en la cocina, con la mano sobre el teléfono. Al acabar parecían cansados.

—Alguien del cuerpo pasará más tarde. —Sue Dunning se sentía algo avergonzada—. Tendrán que descartarlos a ustedes de la línea de investigación. Pura rutina.

No tenía por qué avergonzarse. Estaban siendo concienzudos y eso significaba que la iban a encontrar.

Ted preguntó qué pasaría ahora y la agente recitó una lista: redactar el informe, contactar con el instituto y el teatro, visitar a Nikita para recoger su testimonio, comprobar Facebook, examinar su ordenador portátil y los móviles de los amigos por si hubiera mensajes, interrogar a los profesores, ir a discotecas, *pubs*, restaurantes, talleres mecánicos, estaciones de tren, puertos y aeropuertos. Avisar a la Interpol. Y, si no ha vuelto dentro de veinticuatro horas, a los medios de comunicación.

¿Aeropuertos? ¿Medios de comunicación? Ted me rodeó con el brazo.

–Una última cosa. Necesitaremos su cepillo de dientes –dijo Steve Wareham con voz tranquila–. Por si acaso.

El cepillo de dientes rosa parecía absurdamente infantil en la taza de plástico amarilla de su cuarto de baño. Sue Dunning lo introdujo en una bolsita de plástico y dejó de ser el cepillo de dientes de Naomi: era el ADN de una persona desaparecida. Por si acaso.

–Gracias por su cooperación.

Steve Wareham se levantó con rigidez, llevándose la mano a la parte baja de la espalda. Las arrugas de su cara parecían más profundas. Me pregunté cómo sería enfrentarse a unos padres como nosotros y, por un breve instante, lo compadecí.

–Informaremos con todo detalle al turno de día, que empieza a las siete de la mañana. Habrá una reunión con el jefe del Departamento de Investigación Criminal, lo que en este momento no significa que haya ningún crimen del que ocuparse. –Recuperé el aliento y continuó–: Mientras tanto, nos ayudaría que buscaran cualquier indicio aquí, en su casa, por si hubieran pasado algo por alto. Repasen todo lo ocurrido en los últimos días y semanas. Cualquier cosa diferente en su hija. Escríbanlo y háganoslo saber. De momento, vamos a llevarnos el portátil.

Nos sonrió mientras lo cogía y la expresión de su rostro se volvió más amable.

–Michael Kopje estará en contacto con ustedes. Es el oficial de enlace con las familias para esta zona. Vendrá dentro de un par de horas.

Un par de horas. ¿Y qué pasaba con los próximos cinco minutos y los cinco minutos que vendrían luego?

Tienen una fotografía. Eso ayudará.

Pero no muestra el modo en que reluce su pelo, con un brillo tan fuerte que parece pan de oro.

Tiene un lunar diminuto justo debajo de la ceja izquierda.

Desprende un sutil aroma a limones.

Se muerde las uñas.

Nunca llora.

Encontradla.